

Las hijas de Zelofehad han hablado bien

Philippe LAÜGT

biblicom.org

Índice

1 - Números 1 al 26: Preparación para la posesión de la herencia	3
2 - Números 27 y 32: Dos opciones opuestas	4
3 - Números 36: Guardar y amar la herencia espiritual	6
4 - Josué 17: Perseverancia en el aprecio de la herencia	8

1 - Números 1 al 26: Preparación para la posesión de la herencia

El libro de los Números se centra en la responsabilidad del pueblo de Israel a medida que es = está puesto a prueba en su viaje hacia la tierra prometida. También muestra cómo Dios cuida constantemente de los que ha redimido de Egipto en el desierto durante 40 años (Deut. 32:10-11). Lleva a este pueblo «como trae el hombre a su hijo» (Deut 1:31) y «cuarenta años los soportó en el desierto» (Hec. 13:18). Pone a su disposición todos sus recursos y les ofrece los sacrificios basados en la gracia (Núm. 17:8) y los sacrificios adecuados a las necesidades del desierto, la novilla roja (Núm. 19) y la serpiente de bronce (Núm. 21). También envió la nube para guiarlo, agua de la roca para darle de beber y maná para alimentarlo. Anota cuidadosamente los tratados de los que a menudo es el único en conocer, como los que se mencionan en Números 33:18-36. En su mente, cada etapa debería traer a su pueblo un mayor conocimiento de su gracia y de su amor.

Sin embargo, a causa de su perverso corazón de incredulidad (Hebr. 3:12), toda una generación no puede entrar en el país, exceptuando a Josué y Caleb. Los hijos pacarán en el lugar desolado y los padres morirán allí por haber despreciado la herencia (Núm. 14:31-33). Pero a partir de Números 21, el pueblo, por orden de Jehová, se dirige de nuevo hacia Canaán. La meta está cerca y la tierra será repartida entre las tribus. Sin embargo, Leví tendrá una parte mejor que la de sus hermanos; Jehová es su herencia (Deut. 10:9), una parte que recuerda la nuestra. Es en Cristo mismo en quien obtenemos la herencia. ¡Que él nos conceda apoderarnos de ella por la fe!

Por desgracia, una plaga diezmará al pueblo que se ha entregado a la fornicación (Núm. 25). Y es después de esta plaga cuando Dios ordena un nuevo censo que servirá para asignar a cada uno una parte en Canaán (Núm. 26:53). Moisés recibe una instrucción solemne: «A los *más* darás mayor heredad, y a los *menos* menor» (Núm. 26:54).

¿Cómo superó cada uno este tiempo decisivo de prueba? El desierto no solo revela la incredulidad oculta en el corazón. También pone de relieve las bellezas de la fe. La parte de la herencia será proporcional a las ganancias o pérdidas de cada tribu. Al final de la carrera, la recompensa dependerá de cómo hayamos caminado. La gracia perdona y bendice, pero el gobierno de Dios sigue su curso (Gál. 6:7-8). La pregunta es la misma para todos nosotros: ¿Tendremos una entrada rica en el reino de nuestro Señor Jesucristo? (2 Pe. 1:10-11).

Algunos, como Efraín, se han empobrecido. En sus tiendas solo se encuentran 32.500 hombres fuertes, en lugar de los 40.500 que se contaron cuando salieron de Egipto (Núm. 1:33; 26:37). Sin embargo, ¡comenzaron el camino llenos de celo y fe! ¿Cómo cayeron (2 Sam. 1:19, 25-27)? El capítulo 10 de la Primera Epístola a los Corintios, versículos 6 al 10, enumera las razones y nos advierte. Otros, en cambio, prosperaron en este árido lugar, dando testimonio de los efectos de la gracia de Dios para con ellos. La tribu de Manasés –también hijo de José, como Efraín– era la más pequeña al principio. Aumentó mucho, de 32.200 a 52.700 (Núm. 1:35; 26:34). Todo parece apuntar a una buena herencia en Canaán. Pero para recuperar nuestras «posesiones», según la notable expresión de Abdías 17, debemos añadir a la fe la virtud y «después de haber superado todo, estar firmes» (Efe. 6:13). Muchos entre el pueblo mirarán a falsas vanidades y abandonarán la gracia que les pertenece (Jon. 2:9). Como veremos, este será el caso de una parte de la tribu de Manasés.

2 - Números 27 y 32: Dos opciones opuestas

Este no fue el caso de las hijas de Zelofehad. Cuando presenciaron el censo, comprendieron que su parte de la herencia estaba a punto de serles arrebatada. Su padre había muerto en su pecado y no tenía hijos (Núm. 27:3). Si otros en el pueblo de Dios prestan poca atención a sus privilegios, ellas al menos no están dispuestas a renunciar a las bendiciones que han recibido por la fe. En otra ocasión saben sin duda mantener una actitud modesta y reservada, pero ante esta amenaza, no dudan en acercarse audazmente a la tienda del encuentro y presentar su petición ante Moisés y el sacerdote Eleazar, los príncipes y toda la asamblea. «¿Por qué será quitado el nombre de nuestro padre de entre su familia, por no haber tenido hijo? Danos heredad entre los hermanos de nuestro padre» (Núm. 27:4).

Como fiel siervo de toda la casa de Dios, Moisés llevó su causa ante Jehová. Si nos falta sabiduría, pidámosla a Dios. Él da a todos con liberalidad y no hace reproches (Sant. 1:5). Tratar de actuar sin buscar su pensamiento es usurpar su lugar. Todo lo que afecta al bienestar de sus redimidos le es precioso. Y la sabiduría humana no puede regular nada que concierna al pueblo de Dios.

Estas verdaderas hijas de Israel van a obtener la bendición. Jehová dijo a Moisés: «Bien dicen las hijas de Zelofehad; les darás la posesión de una heredad entre los hermanos de su padre, y traspasarás la heredad de su padre a ellas» (Núm. 27:7). La fe siempre tiene razón, glorifica a Dios y Dios la honra. A partir de ahora, Israel

tendrá este estatus por derecho. Los nombres de estas hijas piadosas están citadas varias veces en las Escrituras (Núm. 26:33; 27:1; 36:11; Jos. 17:3). Dios se complace en señalar lo que lo hace feliz: ellas no despreciaron la tierra deseable (Sal. 106:24). La aprobación de Jehová las anima a atesorar el título que les da. Atravesarán sin vacilar las pruebas de la conquista de la tierra y las deserciones que se producirán en su alrededor.

Puesto que nosotros también somos herederos de su promesa y asegurados de la inmutabilidad de su consejo, ¿no sería esta esperanza para cada uno de nosotros como un ancla del alma, segura y firme, y que llega incluso hasta el interior del velo, donde Jesús entró como precursor por nosotros (Hebr. 6:17-20)?

Podemos estar tan cerca de conseguir lo que Dios se ha propuesto darnos y aun así desviarnos del camino. Es en el último año de la peregrinación cuando las tribus de Rubén y Gad se presentan por turno ante Moisés, Eleazar y los príncipes de la congregación, pero con disposiciones interiores muy diferentes. «Si hallamos gracia en tus ojos», dicen, «no nos hagas pasar el Jordán» (Núm. 32:5). Dicen: «Tendremos ya nuestra heredad a este otro lado del Jordán al oriente» (Núm. 32:19). ¡Cuánto se entristeció Moisés al oír semejante petición! Él, que había suplicado al Señor: «Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán» (Deut. 3:25; 4:21; Núm. 20:12). Entonces, ¿cuáles fueron las razones de una elección con consecuencias finalmente desastrosas (1 Crón. 5:26)? «Es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado» (Núm. 32:4). Son los únicos que dan más importancia a sus rebaños que a la herencia, pero todo el pueblo se encuentra en las disposiciones de corazón descritas en Hechos 7:42. Si guardamos para nosotros lo que Dios nos da, nuestra carrera se verá negativamente perjudicada. Pero si actuamos bajo la mirada de Dios como buenos mayordomos, nuestros progresos espirituales no se verán obstaculizados.

Expuesto a una influencia tan desalentadora, ¿se dejará arrastrar el pueblo y tomará el camino fácil? Este es el caso de una parte de la tribu de Manasés a la que pertenecen las hijas de Zelofehad. No están con Rubén y Gad cuando se presentan ante Moisés para pedirle el *favor* de quedarse más allá del Jordán, pero en **Números 32:33** queda claro que se han unido a ellos. Podemos dejarnos seducir rápidamente por ventajas materiales o de otro tipo (Prov. 1:10). Todos estos hombres están ahora decididos a *tomar* su herencia fuera de los límites de la tierra deseable (Núm. 34:14).

Donde esta nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Lucas. 12:34). Esperemos la dirección de Dios en lugar de tomar una decisión personal para satisfacer

nuestras codicias.

Estos israelitas desconocen el propósito de Dios y su amor. Él quiere tener a su pueblo cerca de él, agrupado alrededor del arca, tipo de Cristo. Estos hombres aceptaron unirse temporalmente a sus hermanos para ayudarles a conquistar el país. Pero dejaron atrás a mujeres y niños al otro lado del Jordán. El enemigo consiguió dividir a las familias e impidió que los niños entraran en el país. Durante años, la ausencia del padre, incapaz de cumplir su función (Deut. 6:7; Éx. 12:24-27; 13:8, 14-15), se haría sentir en el hogar. Y cuando, más tarde, Finees los anima de nuevo a tener su posesión en Canaán, en medio del pueblo (Jos. 22:19), estos hombres se alejan «de los hijos de Israel, desde Silo», donde está el arca, y se reúnen con sus familias y sus rebaños (Jos. 22:9-10). Entonces, comprendiendo un poco la ambigüedad de su posición, construyeron un altar de gran apariencia para afirmar su pertenencia al pueblo de Dios y mostrar sus pretensiones a una unidad que, por desgracia, ha desaparecido. Cosas así vemos hoy en la cristiandad. En realidad, este monumento pone de relieve lo que perdieron por su propia culpa, el pleno disfrute de sus privilegios en Canaán. La imposición de formas, e incluso de principios bíblicos, no puede sustituir lo que significa cruzar el Jordán, ese río de muerte, y estar en la otra orilla, la de la resurrección. Un redimido no puede ahora tomar posesión del cielo y saborear sus gozos sin antes conocer que ha muerto y resucitado con Cristo. Para poseer verdaderamente la tierra que Dios nos da (Jos. 1:3) hay ejercicios, luchas, pero entonces se demuestra claramente que la herencia es preciosa para el alma y que se ama acercarse al santuario para adorar.

3 - Números 36: Guardar y amar la herencia espiritual

Los tíos de las hijas de Zelofehad, en cambio, están decididos, como ellas, a pasar al país que es posesión de Jehová (Jos. 22:19). Las intenciones de sus hermanos de quedarse atrás no pudieron debilitar su determinación, pues sus pensamientos ya estaban ocupados con la herencia que Dios, que no puede mentir, les había prometido. Pero temen que su herencia se vea truncada *por el matrimonio*.

También en este caso, Dios no previó la dificultad. Sabía que surgiría, pero para dar a conocer lo que pensaba, esperó a que los suyos lo cuestionaran. Si somos dependientes, recibiremos día a día la sabiduría que necesitamos para afrontar cada

situación que se nos presente.

«La tribu de los hijos de José habla rectamente» es la respuesta de Dios. Las hijas de Zelofehad podrán ser esposas de quien ellas crean conveniente, *pero solo* en la familia de la tribu de su padre, para que la herencia no pase de tribu en tribu entre los hijos de Israel (Núm. 36:2-7). Esta es ahora la regla para toda hija que posea un lote entre el pueblo de Dios. ¿Sería diferente ahora en la Asamblea? Una muchacha piadosa debe casarse con aquel que muestre un interés real por la herencia, que la valore justamente. Ya para su pueblo terrenal, Dios quiere que cada israelita, cada tribu también, se apegue a su herencia (Núm. 36:7, 9). Este apego se manifiesta en Caleb (Jos. 14:6, 12-13) y en su hija Acsa (Jos. 15:18-19). Falta en Semer (1 Reyes 16:24) y, por el contrario, respandece en Nabot. El rey Acab le ofrece en vano una viña mejor que la suya o el equivalente en dinero. Fiel en tiempos de ruina, este verdadero israelita responde noblemente: «Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres» (1 Reyes 21:3). Más tarde aún, Jeremías va a comprar un campo en Anatot, haciendo uso de su derecho de rescate. Estaba en la cárcel, la situación de Israel era desesperada, pero mostró así su confianza en la restauración del pueblo, que anunciaba de parte de Dios. Mientras que Hanameel, su pariente cercano, piensa que es mejor vender su lote y conseguir dinero, ya que el cautiverio está cerca (Jer. 32:6-15).

Un espíritu similar se manifiesta hoy en la profesión cristiana. Los hombres son egoístas, codiciosos... amigos del placer más que amigos de Dios (2 Tim. 3:4). Y el creyente corre el gran peligro de dejarse influir por el materialismo que tanto abunda en este mundo. Como Jeremías, miremos más allá de los tiempos turbulentos en que vivimos. Debe haber ejercicios en la Asamblea de hoy para *guardar* y *apreciar* la herencia. Los príncipes entre nosotros, como antes en Israel, han excavado (Núm. 21:18) y sacado a la luz verdades preciosas de las Escrituras. ¿Vamos a despreciar este precioso depósito? ¿Pueden los jóvenes creyentes que tienen el privilegio de formar parte de la Asamblea, sin sufrir pérdida, unirse en matrimonio, ese vínculo indisoluble a los ojos de Dios, con quienes pueden hacerles perder el disfrute de su herencia celestial? La Palabra nos advierte que casado, se está ocupado de las cosas del mundo, según les plazca a sus maridos o esposas (1 Cor. 7:31-33). De ahí la importancia de ponernos de acuerdo en guardar y custodiar lo que al Señor le ha placido confiarnos.

Números 36:10-12 anticipa y muestra la obediencia de las hijas de Zelofehad. «Como Jehová mandó a Moisés, así hicieron las hijas de Zelofehad» y su herencia permaneció en la tribu de la familia de su padre. ¡Qué ejemplo para las jóvenes hermanas

en particular, pero también para todos nosotros! Guardemos nuestro corazón más que cualquier otra cosa, regulemos nuestra conducta según la mente de Dios, ese es el camino hacia la bendición (Prov. 4:23, 26; Sal. 119:59-60).

4 - Josué 17: Perseverancia en el aprecio de la herencia

Moisés, el líder, fue reunido a sus padres. Pasan 7 años. El ímpetu inicial que llevó al pueblo a conquistar la tierra se rompió. Josué declara: «¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová el Dios de vuestros padres?» (Jos. 18:3). Manasés, la media tribu que entró, no fue una excepción. No podían desposeer a los habitantes de las ciudades que habían recibido como parte. El cananeo quería vivir en la tierra (Jos. 17:12; Jue. 1:35). Será una trampa para ellos, llevándolos al mal y a la idolatría (Núm. 33:55). Y lo mismo nos ocurrirá a nosotros si, en lugar de juzgarlos, permitimos que los enemigos permanezcan en nuestro corazón y en nuestra vida. Actuarán en secreto para impedirnos disfrutar de la herencia.

En medio de la creciente infidelidad en su propia tribu, brilla la fe perseverante de las hijas de Zelofehad. Cuando Jehová repartió los lotes por sorteo (Prov. 16:33), ellas se apresuraron a presentarse ante el sacerdote Eleazar, ante Josué y ante los príncipes para recordarles: «Jehová mandó a Moisés que nos diese heredad entre nuestros hermanos. Y él les dio heredad entre los hermanos del padre de ellas, conforme al dicho de Jehová» (Jos 17:4). Reciben una rica recompensa y pueden, como David más tarde, exclamar: «Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado» (Sal. 16:6).

¡Cuántas lecciones y advertencias nos sugiere la conducta de estas mujeres de fe! Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efe. 1:3). El Padre nos ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en luz (Col. 1:12). Como herederos de Dios y coherederos con Cristo (Rom. 8:17), hemos recibido una herencia mucho mejor que la de Israel. Es celestial y el hombre no puede echarla a perder. Es incorruptible, incontaminada, *conservada* en los cielos para nosotros, que somos *guardados* por el poder de Dios mediante la fe (1 Pe. 1:4). Hemos recibido las arras de ella, el Espíritu Santo (Efe. 1:14), y él nos santifica por medio de la Palabra, para mantener nuestra comunión con el Señor

que quiere ser desde *ahora* la porción de nuestra herencia y nuestra copa (Sal. 16:5). ¿Qué lugar ocupa él en nuestros corazones? ¿Hacia dónde miramos? El apóstol, ante la inmensidad de nuestra herencia, pide que se iluminen nuestros ojos (Efe. 1:18). No seamos como aquellos que, en el momento de la conquista de Canaán, por cobardía o incredulidad, se mostraron incapaces de tomar posesión de la herencia y, para justificarse, la declararon demasiado grande o demasiado pequeña (Jos. 17:14-15; 19:9). ¡Quiera el Señor que nos mantengamos apartados del mundo! “Un cristiano celestial se avergüenza de toda marca del mundo sobre él” (JND). En su comunión, guiados por su Espíritu, podremos ya por fe caminar a lo largo y a lo ancho en esta hermosa y celestial herencia comprada por la sangre de Cristo.

*El Señor es mi porción, mi salvación, mi bebida,
Él ha puesto mi parte en una hermosa herencia
¡Despierta lengua mía, se alegre el corazón!
Entona un cántico de amor: ¡Jesús es tu Salvador!*

Himnos y Cánticos No. 87, 1 (en francés)